

Marimacho

Lala se ata los botines con cuidado, agachada con pie firme y rodilla en el pasto. Lo hace de forma prolija; es metódica aunque por dentro sea como un volcán a punto de desbordar. Como los cordones son largos, los usa para sujetar el botín roto, es como si atara un matambre. Esos botines pasaron por los pies de sus siete hermanos. En su familia la indumentaria siempre fue unisex a la fuerza.

Se suena los mocos apretándose cada costado de la nariz a la vez, los larga al aire. Escupe. Frunce el ceño pero está feliz. Su gesto viene de la discusión que acaba de tener para que los varones la dejen jugar. Ella siempre discute. Pelea para jugar. Para todo. Lala da cada batalla como si fuera la última. No le sale quedarse calladita como le enseñó su mamá. El silencio no es para ella.

Te van a hacer mierda, es lo último que escucha mientras va entrando a la canchita. Pero no le importa. Aunque jugar ya signifique una victoria, permanece seria con el puño apretado. Jamás regala una sonrisa.

No es la única chica en la villa a la que le gusta jugar al fútbol, pero es la que se atreve a enfrentarse a cualquiera, o al menos lucha para conseguirse un lugar. De todas las veces que jugó en el barrio, esta es la primera que pudo colarse un domingo a la mañana, que es como jugar el partido de la fecha en primera. Es también su oportunidad para que la tomen en serio, para mostrarse en el barrio, para que vean quién es.

Su cuerpo escuálido, desgarbado, esconde bien el talento. Tiene una gambeta de esas que parecen bendecidas por el ángel maradoniano. De haber nacido varón fácilmente se podría haber probado en Lafé, pero debe conformarse con deambular por las canchitas del barrio y rogar. Algo de la pelea la atrae, como si el partido empezara en el momento que lucha por entrar a un campo de juego. Le da orgullo usar la camiseta de Caniggia del Mundial 94. Esa sí es solo suya.

La mayoría de los jugadores dan unos últimos tragos de cerveza (o vino en cajita) antes de pisar el campo de juego. Lo hacen como si fuera parte de un ritual. Lo bueno de que casi todos hayan tomado, es que es una forma de compensar los equipos.

Los límites de la cancha son, del lado del arco que da hacia las casitas, una pila enorme de escombros recubiertos por pastos. En un lateral, un gran espacio que llega hasta Camino de Cintura, donde se mezclan un auto quemado, pisos partidos y los canastos para la basura desbordados, rodeados de bolsas y moscas. El otro arco está protegido, de un lado, por una pared de ladrillos huecos abandonada a medio construir y del otro lateral, unas casitas tapadas con un pasacalle que grita, con letras gruesas Menem-Ruckauf.

El público, que es numeroso, se reparte por donde puede. Improvisan palcos desde cualquier cosa tirada. Usan cajones de cerveza o tabloncitos apoyados en ladrillos. Algunos se quedan parados, y no falta el que mira desde su casa. La cerveza y el vino en caja están a cargo de Don Julio, quien ya arrojó sobre la parrilla (un viejo elástico de

colchón) un gancho entero de chorizos. La parrilla de Don Julio larga un aroma tentador desde la primera brasa, como si ese fierrierío tuviera memoria. Don Julio sabe que se va a quedar corto, pero prefiere vender el gancho al principio. Es mejor irse antes de que el partido termine.

Los parlantes de las casas arrojan cumbias diversas, desde Malagata a Amar azul, en una competencia de alto volumen. El resultado es una mezcla confusa, que, por algún motivo, le queda bien a ese paisaje.

Mientras se termina de acomodar en la cancha, Lala fantasea con el relato de Marcelo Araujo repitiendo su nombre (tal vez con algún apodo que la enfurezca), con Macaya destacando su habilidad. Esos suelen ser los únicos destellos de imaginación que se permite. Eso y sentir el amor de la gente.

Sentirse ovacionada por una hinchada.

De un lado están los de La Banda de la Luisa; del otro, Ala Sur, el equipo de Lala. La Banda de la Luisa está compuesta por los trece hermanos hijos de Luisa Baigorria, la curandera del barrio, que alternan para jugar. Siempre terminan integrando el equipo primos, nietos y cualquiera que se junte con ellos si se necesita para completar. Les gusta presentarse como hermanos, como parte de un clan. En verdad, a gran parte del barrio les gustaría pertenecer a La Banda de la Luisa, porque con ellos no hay medias tintas, o se los admira o les teme. Entre ellos está el Gordo Estornudo, tío de Lala, que juega para “La Luisa” desde que fue expulsado de la familia y también desde que cometió algunos delitos junto a los Baigorria.

Ala Sur, en cambio, es un rejunte de jugadores muy dispares en edad y en estado físico. Casi cualquiera puede pertenecer si se necesita llenar una vacante. Esa fue la suerte de Lala.

Este domingo en particular el equipo ganador se va a llevar una montaña de damajuanas de vino para repartir entre los jugadores, que fueron compradas con aporte de todos los que podían. También están los que levantan apuestas, pero de eso los jugadores no verán ni un

peso. Más allá del vino, en el barrio siempre hay ganas de ganarle a los de la Banda de Luisa, y eso es suficiente para picantear cada partido que se juegue.

El arbitraje está a cargo de El Mataco, un puntero del barrio. No es certero con sus decisiones y mucho menos imparcial, pero como no hay otro dispuesto, siempre termina siendo el que decide sobre los partidos. Lo mejor de todo es, que nadie se le anima al Mataco.

El Mataco pita y da inicio al encuentro. Todos están transpirados. Es enero y el sol del mediodía convierte a la canchita en un infierno desde el arranque. Con el cielo entre gris y la pesadez se lee que es de esos días de verano que de manera inevitable va a terminar en tormenta. Con el alcohol ingerido por la mayoría, el encuentro vibra desde el minuto cero.

Apenas empiezan a correr se levanta polvareda. Se oyen gritos de los espectadores que arengan o insultan según quien tenga la pelota. Lala está en posición de extremo derecho. Al principio le cuesta distinguir a los miembros de su equipo. Entre que están vestidos con cualquier color y la polvareda, apenas sigue las jugadas. Le lleva un rato acostumbrar el ojo.

Se siente un fantasma, aunque grite constantemente y haga gestos con las manos, nadie le da un pase.

—Acá, acá boludo. Dale la concha de tu madre.

Ni la miran. Nadie le pasa la pelota, la ignoran por nueva y pendeja. Cuando Bruno, el hijo de la almacenera, está a punto de perder la redonda, se la toca. Un pase justo, sin ganas, que llega de milagro. Lala está en el medio campo, recibe la pelota y la mueve rápido. La acaricia con el pie pero la lleva firme. Cuando ella la posee, su mirada solo se concentra en ese balón y no existe otra cosa.

Al empezar el trote parece ir dejando su propia huella de tierra seca en el aire. Mientras sigue su carrera desde el costado de la canchita alguien le grita: «Ojo con Estornudo, no sea cosa que se le vaya la mano».

Tuerce la cintura, gira sobre sí misma una y otra vez. Pasa entre dos contrincantes que chocan entre ellos; los deja en ridículo. Tiene la pelota adherida a los pies, aunque sus botines se la hagan sentir más que a los demás. Ese arreglo del principio empieza a ceder ante las primeras corridas y termina doliendo en el pulgar.

Delante tiene a Estornudo, que es el último defensor. Ni por casualidad su tío podría correrla, pero él tiene claro cómo jugar. Lala avanza hacia el arco. Cuando está por patear, Estornudo la empuja y la hace trastabillar. Siente ese brazo aceitoso y flácido chocar fuerte en su omóplato izquierdo. Patea como puede y la pelota sale picando torpe afuera, bordeando el arco. Lala termina por caer dando dos vueltas en el piso. Se levanta enojada, no dice nada. Tiene los codos raspados.

Mira al gordo con bronca. Se la jura en silencio. Se limpia el brazo donde tuvo contacto con su tío, que le da asco. Se acomoda el pelo como Caniggia y se sacude la camiseta. La gente a los costados grita. Jamás le van a dar un penal, pero lo reclama.

—¿Vos estás ciego, la concha de tu madre? —le grita al Mataco que recién llegaba a la jugada.

Mataco la mira. Toca el silbato y la llama.

—Escúchame bien, pendeja de mierda. Me llegás a decir algo así otra vez y te pego un voleo en el orto que vas a terminar arriba de los ranchitos. Así que cerrá el culo y seguí jugando que vos ni tendrías que estar acá. ¿Entendistes?

El Mataco termina de gritarle en la cara a Lala y le saca una tarjeta amarilla (que es más color anaranjado que amarillo, se nota que es una cartulina mal cortada) con un gesto tribunero.

Lala se mira el pasto seco que tiene adherido al short. Tiene los ojos rojos de bronca, prefiere concentrarse en otra cosa. Hace un pique corto y vuelve a su posición. En el camino de regreso putea al Mataco y a Estornudo en voz baja.

Estornudo es el hermano gemelo del padre de Lala. Hace años que no se habla con su familia. El hermano mayor de Lala siempre se encarga de decir que es porque se robó plata de la familia. En el barrio, en cambio, los rumores son implacables. Lala, no pierde la oportunidad de mandarlo a la mierda cada vez que se lo cruza. Su tío jamás volvió a la casa de su familia después de la golpiza que le dio su padre. Pero al vivir en el mismo barrio, a pesar de que están uno en cada punta, es inevitable cruzarse.

Con el paso de los años, Estornudo se volvió obeso, pero eso no le impide ser parte del equipo y desplegar sus malas artes en la cancha. Juega en cuero. Su panza rebota cada vez que emprende una corrida, unos shorts mugrientos se sostienen como pueden de su cadera. Cada tanto se los levanta pero es inútil. Siempre están en el borde.

De repente el cielo se cierra aún más, pero el calor no afloja. La humedad aumenta. Tiro de esquina. Lala sabe que es imposible que les gane en altura a esas bestias; aspira a algún rebote en el área. La pelota sale con una comba perfecta desde el córner. Lala se acomoda la vincha que usa como el pájaro. Alguien le hunde los dedos en el culo. No logra ver quién fue pero grita un «la puta que te parió» al aire, sin sacar la vista de la pelota. Se defiende poniendo los codos en punta, los puños apretados. Parece dispuesta a todo.

La pelota vuela muy alto al segundo palo. Dos de Ala Sur cabecean y chocan entre ellos en el aire. Caen, se enojan. Se paran instantáneamente y se van a las manos. Lala mira. Los demás corren a separarlos. A ella no le importa. El Mataco impone su autoridad y los llama para hablar a solas con los dos.

Aparece una botella de Coca con agua; todos beben y se la pasan. Cuando llega a manos de Lala la botella tiene casi tanta saliva flotando como agua, pero no le importa. Bebe, traga, desesperada hasta acabarla.

El Mataco vuelve a pitar y el juego continúa. Los de la Banda de la Luisa tienen la pelota. Tocan y tocan. Se nota la cantidad de

años jugando juntos. El dominio de la pelota es tan evidente que empieza a apoderarse cierta resignación en Lala. Deambula por la cancha, sola. Mira la aridez del suelo, se distrae pateando algún cascote clavado en la tierra. Entre que Ala Sur no tiene la pelota y tampoco se la pasan, se dispersa. Mira a Estornudo. Qué ganas de cagarlo a patadas, piensa. Él cada tanto también la mira, sacando pecho, sabe que lo odia.

«Cuidá la cajeta esta vez, que el culo te lo van a romper seguro», oye un grito que no alcanza a reconocer.

Un golazo desde afuera del área de la Banda de la Luisa. La pelota se cuela por el lugar justo. Aunque parte de la culpa es de Trauma, el arquero de Ala Sur que salió mucho. Pero el tiro es tan bueno que poco importa. A Lala le da bronca haberse dispersado tanto. El gol hace que vuelva a encenderse.

El público empieza a gritar. Los de la Banda de la Luisa se agrandan, se saben mejores. El hijo mayor de la Luisa, que venía hacia el medio al trote, le grita el gol a Lala en la cara mientras se agarra los huevos.

—La concha de tu madre, sorete hijo de puta —le contesta Lala en una voz tan baja que no llega a oírla.

Los de Ala Sur se miran entre ellos. Aunque nadie lo diga, el miedo es comerse una goleada. El capitán del equipo les grita:

—Nos vamos a ordenar y salir jugando, vamos tocando, acá no hay estrellas.

Lo dice con voz quebradiza. Los demás callan, aunque tengan ganas de mandarlo a la mierda. Están tan nerviosos que prefieren simular darle importancia a lo que dice.

Ala Sur saca de mitad de cancha. Todo sigue igual. Las pocas veces que su equipo tiene la pelota, nadie se la toca. Lala la pide a los gritos,

hace gestos con las manos, pero no se la pasan. Para peor, el quinielero se manda solo y pateo horrible. Se va tan arriba del arco que la pelota termina adentro de una casa. Salen un par de espectadores en su búsqueda. El partido se para momentáneamente.

—¡Dale comilón, la concha de tu vieja! —le grita Lala sacada.

Es uno de esos gritos que se venía guardando hace rato. Los demás la miran sorprendidos. Hace rato estaba callada, acumulando bronca.

Desde los laterales se oye la risa de la hinchada, propia y ajena, acompañada por un «uhhhhh» que la hace enojar. Ella escupe el suelo.

—Callate, marimacho de mierda —escucha como respuesta de Trauma, el arquero con una voz que se va apagando.

Lala se le planta cerca de la cara, lo empuja con las dos manos.

—Callate, cara de verga —le grita.

Los separan. Lala tiene ganas de encajarle una piña, pero se contiene. Se seca la transpiración con la camiseta. Sus compañeros no tardan en separarlos. Un humo espeso de choripán los envuelve mientras discuten. Don Julio mira de reojo el juego mientras acomoda más brasas con una pala. Algunos ya van por el segundo choripán y unas cuantas cajitas de vino que empieza a ponerse tibio.

—Deme un chori, don Julito —dice el padre de Lala que acaba de llegar.

Se acomoda en un banquito que se trajo de su casa.

—Está jugando la Lala.

El padre de Lala muerde su choripán mientras trata de quedarse en un lugar donde pueda ver pero que su hija no consiga distinguirlo.

La pelota gira y gira, pero en los pies de la Banda, el tiki tiki es incesante. Es inevitable el segundo gol. Hasta se dan el gusto de tocar la pelota acompañados de un ole interminable del público.

—Shhhhh —les dice el padre de Lala, algunos hacen caso, otros se le ríen.

Hay un desborde por el lateral de La Banda, se meten en el área. Yimbo tiene tiempo de preparar una media chilena. Aun con su físico poco privilegiado, la coloca en el ángulo superior izquierdo. Indiscutible. Es un golazo. Lo gritan todos, desaforados.

Yimbo otra vez grita el gol en la cara a todos los que ve al paso. Lala lo espera con ganas. Cuando pasa delante de ella, aunque esta vez no le dice nada, Lala le tira una mano. Él responde con un cachetazo corto. Lala se le tira encima y caen los dos al suelo. Aunque Yimbo es grandote, cae por la sorpresa de la embestida. Tarda en reaccionar. Desde el suelo le pega un puñetazo fuerte en la nariz que no llega a darle de lleno. Lala le mete el dedo en el ojo.

El resto de los jugadores los separan tirándoles de la camiseta y de donde llegan a agarrarlos. El padre de Lala se mete en la cancha pero llega cuando ya los separaron. Algunos lo agarran de los brazos para que no faje a Yimbo.

—No me hinchen más los huevos porque los rajo a la mierda, a los dos —sentencia el Mataco enardecido.

Lala y Yimbo vuelven cada uno con su equipo. Los dos tienen sangre en la cara.

Ala Sur vuelve a sacar del medio, se la toca a Lala que corre desesperada. Yimbo va a los pies y Lala salta evitando que le quiebre los tobillos. Al hacerlo, pierde la pelota. La Banda de la Luisa otra vez se adueña del juego. El dominio es claro y los de Ala Sur están metidos en su arco. El tercero está al caer.

Trauma, milagrosamente, tapa dos mano a mano. Saca del arco con un patadón. La pelota cae en el medio campo, rebota mal y en un pique inesperado a causa de los variados componentes irregulares del

campo de juego, queda cerca de Lala. Ella pica rápido y se apodera de la redonda. Desborda por el lateral. Estornudo se le cruza. Lala le hace un caño, lo elude y sigue a la carrera. Él la persigue enfurecido.

Lala se acerca al área rival. Estornudo pega una corrida desde atrás que sabe le va a quitar el aire varios minutos. Antes de que llegue el gordo, Lala se prepara para patear. En esos milisegundos que implica la jugada, ve un hueco perfecto en el angular superior derecho. Se tiene fe. En el instante que patea, Estornudo le tira de la camiseta. Es el recurso que le queda ya que en la carrera apenas pudo seguirla.

Lala pierde estabilidad pero patea de todas maneras. El tiro sale al arco pero con menos impacto y con una trayectoria predecible. Aun así el arquero da rebote y Torito que estaba de pescador la manda adentro del arco.

Gol. Es un torpe e inmerecido descuento pero festejan. Lala por primera vez sonríe y choca el puño con Torito. La gente grita. Ala Sur infla el pecho.

Sacan del medio y no tarda mucho en seguir el baile de la Banda de la Luisa. Cada vez hay más empujones e insultos. Los de la Banda de la Luisa están desesperados por convertir el tercero, pierden el tiki-tiki.

Mientras tanto, el calor no afloja y el cielo se va encapotando. Unos nubarrones negros anticipan un diluvio. El cielo parece enfurecido. No queda mucho tiempo de partido y Don Julio va guardando las cosas en su carrito. Solo deja la heladerita para vender la cerveza que le queda.

El padre de Lala pide un segundo chori mientras putea a Estornudo. Los gritos apenas se oyen detrás de unos truenos que anticipan el fin del mundo.

Yimbo patea al arco, le hace un caño a Lucas y la pelota se desvía. Estornudo que por primera vez había pisado el área rival se le burla a Lucas; le dice algo al pasar. Se van a las manos. Se alcanzan a pegar y ambos sangran, Estornudo de la nariz y Lucas en la boca.

—Gordo sorete, la concha de tu madre —grita el padre de Lala que logra que todos lo vean en esta ocasión.

El partido se detiene largo rato, El Mataco les dice que quedan diez minutos. Pero amenaza con terminar el partido ahí mismo e irse, lo que hace que los demás paren la pelea.

La defensa de Ala Sur se encarga de reventar la pelota cada vez que les llega. Torito en un extraño ataque de habilidad roba la pelota en la mitad del campo de juego. Da un bochazo profundo y certero buscando a Lala.

Lala consigue adueñarse de la pelota y corre desesperada. La toca a un compañero que corrió como pudo, pero el pase le queda corto. Fue muy malo. Pide disculpas, de los costados la silban. Patea el suelo.

—¡Dale, pendeja pelotuda, que hoy la rompés! —reconoce la voz de su padre y levanta la vista.

Lo ve alentando en cuero al costado, con una birra en la mano y una sonrisa enorme. De repente, una lluvia torrencial se desploma sobre el barrio. La tormenta está concentrada en la cancha. A Lala no le importa, hace una mueca de alegría y empieza a correr cada pelota como si fuera la última. El campo de juego no tarda en volverse resbaladizo. Se ve y se oye cada vez menos.

En una jugada dudosa, en un mar de patadas, el menor de la Luisa cae en el área y El Mataco cobra penal.

Todos discuten y se putean. Hay empujones, y manotazos, parece que todo se va a desmadrar. Hay sangre de unos cuantos jugadores de los dos equipos. Logran separarlos una vez más. El Mataco impone su autoridad dando un fuerte empujón a cada uno y ordena que se ejecute el penal.

—Tiren el penal y si quieren después se van a la mierda o se cagan a piñas. Podrido me tienen, mongólicos —les grita.

Estornudo toma la pelota y se acerca al punto penal. Todos quieren patear pero no hay forma de que se la saquen. Está muy caliente. Suena el pitido del árbitro. Hace una carrera corta, chapotea en algunos charquitos mientras se acerca a la pelota.

—Sos muy puto y cagón —grita Lala casi en la nuca de Estornudo.

Estornudo hace un disparo muy fuerte, pero desviado e impreciso. A Trauma no le cuesta adivinar el destino de esa pelota y se estira todo lo que puede, con la punta de los dedos logra cambiar el rumbo del balón hacia afuera.

Ala Sur festeja a los gritos. Se instala cierto espíritu de equipo que hasta ese momento no tenían.

En el tiro de esquina hasta el arquero de La Banda de la Luisa va a cabecear. Cuando la pelota inicia su vuelo en área hay empujones, patadas, codazos y algún cachetazo. Pero ya no importa nada. Trauma salta como nunca y se hace de la pelota sin dar rebotes. Al mirar el suelo hay algunos caídos, otros todavía discutiendo. Trauma saca alto y fuerte, en la medida que la tormenta lo permite, y vuelve a rodar la pelota, que tiene un andar pesado entre tanto barro.

La Banda de la Luisa no tarda en recobrar su juego y domina otra vez. Ala Sur sabe que tiene que aguantar unos minutos aunque sea para mantener la dignidad de esa derrota ajustada.

—Un minuto —grita El Mataco.

Después de pegar varias veces en el travesaño y en los palos de Ala Sur, ocurre el milagro. La pelota rebota muy fuerte en el palo derecho. Sale despedida, casi escupida por ese arco descascarado. Cae a los pies de Lala que está aguantando ahí abajo como todos. Al fin y al cabo el único aliado en ese campo de juego es ese palo improvisado, rústico, imperfecto.

Lala necesita unos segundos para pensar, ya que no estaba esperando la pelota. Cuando se sabe la dueña del balón el tiempo se pa-

realiza lo suficiente para que evalúe las circunstancias y el camino a recorrer. Son esos instantes en el fútbol, donde el corazón y el cerebro se confabulan para trazar jugadas destinadas a construir anécdotas repletas de gloria.

Corre por el medio eludiendo cuerpos que apenas ve por la lluvia y charcos que no tiene idea qué tan profundos son. Cada tanto la pelota se le queda atascada entre el barro. Cuando eso pasa le da un puntín con sus botines cada vez más rotos y llenos de barro.

Ve dos bultos camino al arco rival. Uno es el más chico de La Banda de la Luisa (con sus pocas luces y tranco lento) y el otro es el gordo Estornudo casi al lado del arquero. Sabe que es su oportunidad, quedaron mal parados para el contraataque. Sigue la carrera a toda velocidad. El pibito va por ella en la mitad de la cancha, intenta ir a sus pies. Lo elude con una gambeta dejándolo en el suelo, sin posibilidades de incorporarse. Él se queda hundido en el barro y tarda en levantarse.

El público se sorprende y grita. Ella hizo eso mil veces jugando con sus hermanos, pero es la primera vez que lo hace ante los ojos de todos. Mientras tanto, Estornudo inicia su carrera pasiva. Lala sigue con la pelota.

El arco parece lejano, pero no le importa. Solo ve el cuerpo abominable de su tío. Son ella y Estornudo. Se miran fijo, ambos están endemoniados.

—Hacelo mierda a ese gordo sorete —grita su padre y esta vez lo oyen de todos lados.

Está claro que es a todo o nada, y ninguno va a ceder. Se prepara para el empujón del gordo que es el último obstáculo a superar antes del arco. Tiene la pelota dominada, calcula el momento justo donde sabe que va a haber un impacto. Hace una carrera y se acomoda para patear.

Como era de esperar, Estornudo no llega y se prepara para hacer la barrida de su vida. Lala lo ve a Estornudo arrastrarse deslizando su

trасero por el barro mezclado con canto rodado, el short se le enrolla. Su grasa abdominal parece una gelatina color caqui. Estornudo tiene un gesto de dolor un poco por el esfuerzo y otro tanto porque el campo de juego está lleno de elementos filosos.

Lala patea y al instante siente las dos piernas del gordo impactar sobre su diestra. Detecta el calor de la sangre que le corre en la pierna mientras ve cómo la pelota pica descoordinada burlándose del arquero. Se le cuelga en el único hueco que encuentra justo en el ángulo inferior derecho del arco. Lala cae al piso y hace un trompo. Se raspa la cara con ese pedazo de campo de juego que tiene trozos de azulejos con barro.

Se levanta con una mezcla de sangre y lodo en la cara y en la pierna, pero importa poco. Sale corriendo y disimuladamente le pisa los huevos con fuerza a Estornudo que permanece inmóvil en el suelo. Con el talón se los pisa bien pisados. Intenta darle un tacazo en la cara pero apenas le raspa los pómulos.

Con un brazo levantado grita desaforada:

—Gol, la concha de tu madre. Gol, la puta que te parió. Gordo hijo de re mil putas.

El partido termina y entran todos a la cancha. Empiezan los golpes y patadas. La pelotera de siempre.

Lala corre hasta el borde del lateral y abraza a su papá. Están llenos de barro y sangre. Una vez más.